

12

BIOGRAFIA
DE
DON MANUEL CARPIO.



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Wellcome Library

<https://archive.org/details/b30564360>



DON Manuel Carpio, nació en la villa de Cosamaloapan, de la antigua provincia de Veracruz, el día 1.^o de Marzo de 1791. Fué octavo hijo de Don José Antonio Carpio, nativo de Monte-Mayor en el reino de Córdoba, y de Doña Josefa Hernández, señora de buena cuna en la ciudad de Veracruz. La familia creía descender de Rodrigo Ronquillo, el famoso alcalde de Zamora, en tiempo de las comunidades de Castilla. Si esta noticia fuese fiel, habría en ella un nuevo ejemplo de la mudanza que con el trascurso del tiempo y de las generaciones suele tener la índole humana, pues en el poeta de México no queda rasgo alguno del bravío carácter de su progenitor.

Su padre, que se empleaba en el comercio de algodón, había formado un capital, fruto del trabajo y la diligencia. El mismo

comercio le obligó á trasladarse á Puebla con la familia, y allí murió el año de 96. Los bienes de fortuna desaparecieron luego, y nuestro D. Manuel, al salir de la niñez, se encontró sin más abrigo que el amor maternal, y sin esperanza de otra cosa en el mundo que lo que pudiera él alcanzar por sus merecimientos. Mas aquello en realidad fué un bien, porque desde temprano sintió la necesidad de valerse de sí propio, de no permitirse nada irregular, de adquirir reputación y ganarse un puesto en la sociedad. Debía á Dios su excelente natural, y á sus padres educación frugal y religiosa. Aprovechando estos dones, supo captarse la estimación de sus maestros y condiscípulos en el Seminario Conciliar de Puebla, donde estudió latinidad, filosofía y teología. Entre sus maestros lo distinguió mucho D. José Jiménez, profesor de esta última ciencia, eclesiástico aplicado, y que tenía una abundante biblioteca. Carpio mostró desde mozo grande afición á la lectura, que es uno de los signos del talento. En la librería de su maestro, leyó bastantes libros de religión, historia antigua y clásicos griegos y latinos, que allí conoció,

y de los cuales quedó prendado para siempre.

Concluido el curso de teología, fué necesario pensar seriamente en su estado futuro. El estudio que acababa de hacer, debía llevarle á la carrera eclesiástica, y sin duda fué ése su propósito al emprenderlo. Mas entonces tenía ya ideas tan elevadas de la santidad del sacerdocio, y se reputaba á sí propio tan poco digno de ejercerlo, que resolvió tomar por otro camino, y empezó á cursar la cátedra de derecho en el mismo Seminario. Pero no cogió amor á la ciencia, lo cual en mi concepto fué una desgracia, porque según la idea que puede formar de las cualidades de su entendimiento y de su corazón, para pocas cosas tenía tanta disposición natural como para la magistratura, y si hubiera entrado en el foro, habría sido no un gran abogado, pero sí un excelente juez. Por último, se decidió á seguir la medicina. Cuando tomó esta resolución, no había entre nosotros ramo de enseñanza más descuidado, ora fuese por la poca estima que de tan útil ciencia se hacía, ora porque su ejercicio se tuviera en menos. Sólo en las Universidades de México

y Guadalajara había cátedras de aquella facultad: en ellas se aprendía poco, y de ese poco quizá una parte eran errores que valiera más ignorar que saber. Respecto de la cirugía, en la capital, se cursaba por el término de cuatro años en el Hospital Real, bajo la dirección de dos cirujanos que daban lecciones de anatomía, sin exigirse estudios previos: en Puebla se hacía el mismo curso, aunque de una manera más imperfecta (si cabe,) en el Hospital de San Pedro. Ya se ve que tan encogida enseñanza no podía contentar á un joven del talento de Carpio. Por fortuna, al tiempo que él, abrazaron la misma carrera otros alumnos del seminario, jóvenes despejados, y que de verdad querían aprender. Unidos todos. mientras seguían el desaliñado curso del Hospital, formaron una academia privada para estudiar por sí medicina, y ofrecieron al público el primer fruto de su estudio en un acto de fisiología que dedicaron al Sr. Obispo de la Diócesi, D. Antonio Joaquín Pérez. Carpio fué uno de los sustentantes. Sus compañeros lo hicieron presidente de la academia para el año siguiente, al fin del cual hubo nuevos actos, que pre-

sidió, sobre anatomía y patología externa é interna. Aquellos ejercicios llamaron mucho la atención en una ciudad donde eran del todo nuevos. El Proto-Medicato, por los informes de su delegado, expidió á los sustentantes títulos de cirujanos latinos. Sin embargo, el Sr. Obispo quiso que Carpio hiciese regularmente la carrera académica de medicina, y lo envió á México, asignándole una pensión para que siguiera aquí los cursos de la Universidad. Siguiólos, en efecto, con exactitud, y por término de ellos recibió el grads de Bachiller; pero no tomó el de profesor en medicina, hasta que suprimido el Proto-Medicato en 1831, y reemplazado con una junta de facultativos que se denominó *Facultad Médica del Distrito*, tuvo ante ella los exámenes requeridos. Esto pasaba en 1832.

He entrado en estos pormenores, porque me parece que contienen una lección útil para la juventud estudiosa. Aun en los tiempos y las circunstancias menos favorables, todo lo vence la aplicación y el sincero deseo de saber. Este es el mejor de los maestros. Carpio, más que en las clases, se formó por el estudio privado. Desde

el principio cuidó de conocer los últimos descubrimientos de la ciencia, y no rezagarse en el camino que esta iba haciendo, pero sin menospreciar por eso lo que había sólido y útil en las obras de los siglos pasados. Prueba de ello es el estudio que hizo de Hipócrates, cuyos aforismos y pronósticos tradujo en español, y dió á luz pocos años después de recibido de cirujano. Justo era que un facultativo de tanto seso pagase este tributo en la entrada de su carrera, al gran padre del arte, al sagaz y profundo observador cuyos inmortales escritos serán siempre digna ocupación de los que merezcan leerlos y meditarlos. El tratado de las Aguas, los Aires y los Lugares, lo tenía en singular aprecio, y aun á los extraños nos recomendaba su lectura, como una de las buenas producciones que nos ha dejado la antigüedad. De los médicos modernos me pareció que estimaba

¹ Aforismos y pronósticos de Hipócrates, seguidos del artículo Pectoriloquo del Diccionario de Ciencias Médicas. . . . Traducidas al castellano, los primeros del latín, y el último de francés, por Manuel Carpio.—México, 1823: oficina de Don Mariano Ontiveros, 1 tomo en 12vo.

mucho á Sydenham entre los ingleses, y Bichat y Magendie entre los franceses.

El cuidado de seguir la ciencia en sus adelantos, lo mantuvo hasta los últimos días, aunque sin dejarse jamás deslumbrar con novedades. Porque en juzgar de las doctrinas, y sobre todo en admitirlas á la práctica, usó siempre grande alteza y severidad de juicio. Es cosa notable que un hombre dotado de tan lozana imaginación, como muestran sus poesías, supiese así cortar las alas á esta peligrosa facultad [*la loca de la casa* la llamó alguno], cuando se trataba de cosas de la ciencia, ó de lo que mira á la vida práctica. Entouces la buena lógica y la atenta observación era su único peso y su única medida para creer y para decidir; y no bastaba ningún género de arreos, ningún artificio de raciocinio ó exposición para alucinarlo. En el principio de su carrera debió alcanzar los últimos restos en brownianismo, de que no se contagió; más adelante le cogió de lleno la invasión de las doctrinas exageradas de Broussais, que tanto séquito lograron entre nosotros. Oyólas con precaución, púso-las luego al crisol de la observación y el

raciocinio, y no tardó en decidirse contra ellas. Ni se contentó con desecharlas para sí; sino que, persuadido de que además de falsas, eran nocivas, las atacó de todas maneras, en escritos científicos, en conversación familiar, hasta con el arma del chiste. Algún epigrama suyo, sobre la materia, se hizo popular como un adagio: prueba de la verdad que encerraba. ¹

En la práctica de su profesión á la cabecera del enfermo, me pareció que más que recoger porción de síntomas, procuraba estudiar alguno que creía característico, y por él se guiaba. Quizá de ahí vino que pareciese como distraído, y que dijera el vulgo que ponía poca atención on el enfermo. Sin embargo, su diagnóstico era certero y sobre el particular ocurrieron casos notables con sus compañeros. Usaba generalmente remedios simples, y en cuanto á operaciones quirúrgicas, apelaba á ellas lo menos que le era posible: por sí propio

¹ Método de nuestros días
Luégo que algún mal asoma:
Agua de malvas ó goma,
Sanguijuelas ó sangrías
Y que el enfermo no coma.

no sé que las ejecutara, si bien esto podría atribuirse á sobra de sensibilidad, que no le permitía presenciar el espectáculo del dolor.

Pero yo invado límites ajenos, metiéndome á hablar de su práctica médica. Lo que puedo afirmar es que su paciencia y bondad con los enfermos eran inagotables, y que unía á eso un desinterés, una longanimidad de que hay pocos ejemplos en el mundo. El pobre que acudía á él, estaba seguro de encontrar tan buena acogida como el hombre opulento. En lo que menos pensaba nunca era en la remuneración de su trabajo; y no poseyendo en la tierra más caudal que su arte, descuidaba lo que debiera producirle, como derrama un pródigo la hacienda que heredó. Su sigilo en reservar lo que se le comunicaba como facultativo, y su recato con las personas de otro sexo, no tenían tasa. Bondadoso é indulgente, como he dicho, con los enfermos, jamás, sin embargo, lisonjeaba ni mentía, ni halagaba manías, que todo eso era incompatible con la mesura y gravedad de su carácter. Algunos libros se han escrito de moral médica: creo que bastaría por

todos uno que contase cómo ejercía Carpio su oficio.

A pesar de tantas dotes, y de la reputación de sabio que alcanzó en México, su clientela fué siempre corta. Él no se afanaba por acrecerla: y además, no podía tomar ciertos aires, que con el vulgo, más numeroso de lo que se piensa, valen infinito. Por eso nunca estuvo de moda, y sólo algunas pocas familias capaces de estimar su mérito ocurrían á él. De suerte que más que como médico práctico, influyó por medio de la enseñanza, en la mejora y adelantamientos de la ciencia entre nosotros. En 1833 se formó un plan de estudios aprovechando en parte el que dos años antes había presentado el Gobierno á las Cámaras. Los estudios estaban en él enriquecidos y mejor dispuestos que en el método antiguo. Para medicina se creó un establecimiento propio, con el número de profesores necesario, y á D. Manuel Carpio se le dió la cátedra de fisiología é higiene, ramos que había visto siempre con predilección, y en que descollaba sobre todos. Entonces comenzó la lucida serie de lecciones que han oído los más de los actuales

facultativos de México, y que tan justa nombradía le dieron en la facultad. Sus discípulos notaban la precisión de ideas, solidez de juicio, la claridad de exposición que en ellas usaba, así como la animación de estilo y la brillantez de colorido con que alguna vez sabía engalanarlas. Esto no era extraño en médico que decía: *La máquina del cuerpo humano no es menos admirable que la máquina del Universo, ni muestra menos el poder y la sabiduría del Creador.* De su mansedumbre y accesibilidad con los discípulos es por demás hablar.

Aquel primer ensayo sufrió, sin embargo, un recio contratiempo. Antes de un año vino la reacción llamada de Cuernavaca, justa y aun necesaria en muchos puntos, apasionada en otros, como suelen serlo las reacciones políticas. Si en el nuevo plan de estudios había defectos; si alguna elección se había errado; si sobre todo era injustificable el acto de haber ocupado por confiscación los bienes del marquesado del Valle para dotar la enseñanza, eso debiera haberse enmendado; pero no destruir la planta de obra, y volver las cosas á la estrechez de los antiguos métodos.

El establecimiento de medicina, que era todo de nueva creación, estuvo á punto de zozobrar. Y habría indefectiblemente caído, si sus profesores, con una abnegación, y un celo que nunca se elogiarán bastante, no se hubieran decidido á salvarlo. Continuaron sus lecciones sin sueldo; á veces aun sin recursos para los gastos más precisos; privados una y otra ocasión del local en que las daban: cubriendo los claros que la muerte ú otros sucesos abrían en sus filas, con reemplazos dignos de los primeros veteranos; haciendo, en fin, una conquista, ó más bien, ejerciendo un apostolado de la ciencia. Así lograron mantener la *Escuela*, que fué el nombre que luego se le dió; así adelantarla y subirla, por último, á la altura en que está. Entre esos profesores ocupaba lugar distinguido Don Manuel Carpio, que fué, como hemos visto, uno de los primeros fundadores, y continuó sin interrupción sus lecciones hasta que la muerte vino á cortarlas.

Ni sólo con ellas sirvió á la medicina. Hacia la época en que la suerte de la Escuela era más desgraciada [1836], algunos facultativos de la ciudad formaron una aca-

demia, con el objeto de tener conferencias en que se comunicaran sus noticias y observaciones y de publicar un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia. No podía ser que Don Manuel Carpio no perteneciese á este cuerpo, del cual en distintas épocas fué secretario y presidente. Las conferencias se tuvieron con regularidad y produjeron buen fruto: el periódico, que era mensual, y contiene bastantes artículos suyos, fué, entre los científicos que había en México, el que más larga vida alcanzó, pues se mantuvo por espacio de cinco años, desde mediados de 1836, hasta 41 que quedó suspenso. ¹ La academia sobrevivió poco al periódico; y aunque varias veces se la ha restaurado después, no se ha logrado volverle el espíritu y la animación que tuvo en su primera edad. Casi siempre se contó para la restauración con Carpio, porque su nombre llegó á hacerse necesario en toda empresa médica que se tentara en México.

A menudo estuvo en el primer rango oficial de su facultad, ya como miembro de la

¹ Periódico de la Academia de Medicina de México: 5 tms. 4to., los cuatro primeros en la imprenta de Galván, y el último en la de Ojeda.

dirección general de estudio para el ramo de medicina, ya como vice-presidente del consejo de salubridad, que en 1841 reemplazó á la facultad médica del Distrito. La Universidad de México le dió espontáneamente en 1854, el grado de doctor, incorporándolo al gremio conforme á los estatutos, sin exigirle ninguna nueva prueba ni gastos, y seguidamente le confirió las cátedras de higiene y de historia de las ciencias médicas. Diré, por último, para concluir lo relativo á su profesión, que años atrás oí de su boca que escribía una medicina doméstica, obra utilísima, especialmente en los campos, á par que difícil, porque debe reunir dotes que parece imposible hermanar: suma claridad, suma exactitud, completa seguridad de doctrina, y al mismo tiempo nada de aparato científico, ni de lenguaje técnico, ni de lo que sólo es propio de facultativos y de la escuela. Una medicina doméstica es como el catecismo sanitario del pueblo; y el trabajo más arduo en cada ramo de los conocimientos humanos es la formación de un buen catecismo. Ignoro en qué estado quedaría la obra á su muerte.

Pero Don Manuel Carpio no era sólo un

médico distinguido, era también una persona de mucha y varia instrucción. Debo confesar que algunas ciencias no tenían para él atractivo, como la metafísica, que veía con desvío, y las matemáticas, que á manera de la metafísica son una abstracción, quizá la abstracción más fuerte de la mente humana. Tal vez provenía eso de la calidad de su entendimiento, que aunque perspicaz y vigoroso, necesitaba que la idea se le presentara revestida de formas sensibles para fijarse en ella y poder seguirla en su desarrollo. Mas, en cambio, poseía extensos conocimientos en otros ramos: gustábale mucho la geología, y con la astronomía se extasiaba. En queriendo uno entretenerlo, no había más que platicarle de las revoluciones físicas del globo, y, sobre todo, de astros; porque respecto de la geología, á pesar de su amor, confesaba que es ciencia que está aún en los verdores de la juventud, y tal vez no ha tenido tiempo de recoger todos los datos necesarios para deducir consecuencias completas y seguras.

La arqueología, la ciencia sagrada y las bellas letras llamaron siempre mucho su

atención. Dije atrás que desde joven había cogido afición á los escritores clásicos de Grecia y Roma: así es que conocía bien la historia y literatura de ambos pueblos. No menos aliciente tenía para él la alta antigüedad: Nínive, Babilonia, Siria, Egipto. Desde que entre nosotros hubo noticias de los descubrimientos de Champollion el menor, procuró estudiarlos, tanto como es posible en México, y seguirlos en sus adelantos graduales. Lo mismo hizo con lo que se ha publicado sobre las ruinas de las grandes ciudades de Asiria y Caldea, y con lo que por medio de ellas ha podido rastrearse de esa antigüedad. Pero, sobre todo, Palestina era para él la tierra de predilección: á Josefo lo había leído quizá tanto, como á Hipócrates, y los viajeros de Tierra Santa lo ocuparon siempre mucho. Aun se encargó de trazar el plan y dirigir la publicación de una obra sobre este argumento, que imprimió su amigo Don Mariano Galván, decano y benemérito de la librería de México. El fondo del libro es la parte del itinerario de Chateaubriand, que trata de Siria y Egipto; pero interpolada á menudo con grandes trozos copiados de

Lamartine, Michaud, Ponjoulat, Champollion, etc., y exornada á tiempo con poesías del mismo Carpio, de su amigo Pesado y quizá de algún otro. El libro, aunque hecho de mosaico, es, sin embargo, de fácil y amena lección, y llena el objeto de dar á conocer al común de lectores aquel interesantísimo país.¹

En cuanto á la Biblia, fué para Carpio el libro de todos los días, porque á más de la enseñanza religiosa encontraba en ella dotes y excelencias incomparables; ninguna cosmogonía más filosófica, ninguna historia mejor tejida, y que suba más alto en los orígenes y en las ramificaciones de la familia humana; ninguna narración más interesante, ninguna poesía más briosa y elevada. En verdad, aun cuando la Sagrada Escritura no fuese para nosotros la revelación de Dios, sería siempre la más rica mina de erudición, el primero en importancia de todos los libros conocidos, y el que

¹ La Tierra Santa, ó descripción exacta de Joppe Nazareth, Be'em, el Monte de los Olivos, Jerusalén y otros lugares célebres en el Evangelio. A la que se agrega una noticia sobre otros sitios notables en la historia del pueblo hebreó.... Publicada por Mariano Galvan Rivera. México. 1812: 3 vol. 3^o.

con ningún otro se reemplaza. Carpio lo estudió á fondo, y bien se echa de ver en sus poesías sacras, empapadas todas del espíritu bíblico, en las que casi no respira otro ambiente que el de los escritores inspirados. Tenía también algún manejo de intérpretes y expositores, entre los cuales estimaba mucho á Calmet. Cuando su amigo Galván acometió la empresa de dar en español la erudita Biblia que llamaba de Avignon ó de Vencé, fué él uno de los colaboradores, habiéndole tocado en la repartición de trabajos la versión del tomo en que se contiene el Deuteronomio y Josué: no sé si tradujo también el profeta Jeremías. A pocas manos podía flarse aquella labor.

Pero Carpio más que como médico y como erudito, será quizá conocido de la posteridad por sus versos. *Musa vetat mori*. Aunque desde joven fué aficionadísimo á las bellas letras y las cultivó con aplicación, sin embargo, esperó á formarse, á que madurara su talento y se hubiera enriquecido con su gran caudal de conocimientos, para empezar á producir. Así es que tenía más de cuarenta años y entraba en la edad en

que otros se despiden de la poesía, cuando vió el público su primera composición original, que fué una oda á la Virgen de Guadalupe, impresa y repartida el año de 1832, en la función anual que hace el comercio de esta ciudad. El autor no la incluyó luego en la colección de sus obras. Los años siguientes Don Mariano Galvan tomó la costumbre de reemplazar el soneto que en los viejos calendarios se ponía á la misma Virgen, con una poesía religiosa de más extensión ó importancia, la cual encargó siempre á Carpio. Alguna vez pnsó también epigramas suyos. Así fueron saliendo al público sus composiciones y derramándose en México, hasta que en 1849 su amigo Don José Joaquín Pesado las reunió en un tomo que dió á luz con un buen prólogo suyo. Carpio le franqueó para eso lo que tenía inédito. El aplauso que luego alcanzó fué universal, y se ha mantenido, porque tuvo la fortuna de que lo entendieran y gustaran de él los que reflexionan sobre lo que leen y los que sólo leen por esparcimiento. Esto me parece que provino de dos causas: el estado que por entonces tenía

entre nosotros la poesía y el carácter propio de sus obras.

Los resabios de la escuela prosaica que dominó en España una buena parte del siglo pasado, y que en México se enseñoreó de las letras hasta bien entrado el presente, el ruido de las armas y la revolución que desde 1810 en adelante ha trabajado la tierra y para nada dejaba sosiego; y luego la invasión de los estudios políticos y económicos, y que se llevaron poderosamente la atención de muchos, y casi ahogaron la delicada planta de la literatura, creo que bastan para explicar por qué la poesía había llegado entre nosotros al miserable punto en que se hallaba cuando Carpio empezó á darse á conocer. Si se compara lo que se escribía hacia el año de 1830 con lo que dos siglos antes habían producido Valbuena, Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, la comparación es notoriamente desventajosa para el tiempo posterior, y hay que convenir en que habíamos atrasado en vez de adelantar. Heredia, mejicano por residencia, aunque nacido en Cuba, era quien entonces descollaba entre nosotros; pero sin negar las prendas poéticas que

realmente tenía, creo que las personas entendidas é imparciales convendrán en que aquel joven precoz no podía dar nuevo y atinado impulso á la poesía, ya por falta de originalidad en la invención, ya porque huyendo de un vicio, se orilla á veces al contrario, tocando en las exageraciones y los arrebatos de Cienfuegos; ya, en fin, por la naturaleza de los argumentos que trató. Lástima que en esta parte Heredia se hubiera dejado llevar de la corriente de aquellos días, y, sobre todo, que no hubiera esperado á sentarse mejor en los estudios, y á que su talento llegara á sazón, para concebir y ejecutar obras dignas. El mozo á quien *el torbellino revolucionario*, como dijo él de sí propio, *ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna ha sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años*¹, es casi seguro que en nada ha de haber dejado buenos modelos, y que apenas podrán recogerse de él bocetos á medio hacer. El espíritu humano no puede con

¹ Prólogo de la segunda edición de poesías.

tantas cosas á la vez y tan de prisa. Notable prueba del talento de Heredia es que en la balumba de tan variados oficios como quiso tentar, sus poesías, sin embargo, sean lo que son. Pero, á pesar de todo, ellas no podían restaurar entre nosotros el arte, que casi había acabado.

Necesitábase para eso abrir nuevos caminos, tocar asuntos nobles, unir el entusiasmo y la entonación con la corrección y el gusto, enriquecer la rima, hacer muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo: Pesado y Carpio. Al ejemplo de ambos deben las letras el renacimiento de la poesía en México; la sociedad y la religión les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos puros. Esto segundo vale más que lo primero. Las composiciones de Carpio tienen todas un perfume de religiosidad, de bondad de alma, de alteza y rectitud de sentimientos, que hace formar la más ventajosa idea del autor. Quien quiera que las lea ha de quedar persuadido de que aquel era un noble carácter.

La primera muestra del talento de un autor está en la elección de sus asuntos, y los de Carpio son inmejorables: cuando no los toma de la esfera religiosa, ocurre á los sucesos clásicos de la historia y á los grandes caracteres que en ella se presentan. Si se examina luego el modo con que los desempeña, en la construcción material de los versos nada hay que reprender, porque tienen siempre numen y plenitud; tal vez en todo su libro no se encuentre uno solo mal torneado. El lenguaje es correcto y puro, y sabe ataviarse con la riqueza y las galas del castellano. En pocos de los idiomas modernos creo que hubieran podido escribirse cuartetos como éstos, del poemita de la “Anunciación”:

Está, sentado sobre el cielo inmenso,
Dios en su trono de oro y de diamantes;
Miles y miles de ángeles radiantes
Lo adoran entre el humo del incienso.

A los piés del Señor, de cuando en cuando.
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea,
Y el inquieto huracán se está agitando.

El príncipe Gabriel se halla presente,
Angel gallardo de gentil decoro,
Con alas blancas y reflejos de oro,
Rubios cabellos y apacible frente.

O estos otros, que se leen después que el Arcángel ha recibido la orden de bajar á hacer á la Virgen el feliz anuncio :

Habló Jehová, y el príncipe sublime
Al escuchar la voluntad suprema;
Se quita de las sienes la diadema,
Y en el pié del Señor el labio imprime.

Se levanta, y bajando la cabeza
Ante el trono de Dios, las alas tiende,
Y el vasto espacio vagaroso hiende,
Y á las águilas vence en ligereza.

Baja volando, y en su inmenso vuelo
Deja atrás mil altísimas estrellas.
Y otras alcanza, y sin pararse en ellas
Va pasando de un cielo al otro cielo.

Cuando pasa cercano á los luceros,
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al sol, el sol se apaga.
De Gabriel á los grandes reverberos.

En todas sus composiciones se encuentran ejemplos semejantes. La rima en sus manos es fácil, variada y rica; se conoce que no le costaba trabajo hacer versos, ni redondear sus estrofas. Sin andarse buscando de propósito, como otros, consonantes difíciles, no los esquiva cuando se le ofrecen al paso, ni le hacen jamás sacrificar su pensamiento.

Por lo que toca al estilo, es siempre limpio y claro ; y con tanto empeño buscaba esta dote, que el ansia de obtenerla le hizo caer en uno de los pocos defectos que en sus escritos se notan, y es que á veces desciende casi al tono de la prosa, y por hacerse perceptible á todos, abandona la locución y los giros propios del lenguaje poético. No le falta entonces valentía en la idea, sino solamente en el instrumento de enunciación.

En cuanto al fondo de la composición, él se había formado esta teórica del arte: pensaba que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece á otra esfera: la de filosofía. Las imágenes poéticas, en su sentir, son los objetos ó grandes ó bellos que ofrece el mundo visible, la naturaleza material ; los afectos son, con preferencia á cualesquiera otros, la compasión y el terror, los mismos que constituyen el causal de la tragedia. Componiendo bajo tales reglas, sus obras habían de tener, sin duda, suma brillantez. Pero dió por desgracia en dos escollos: el primero, cierta monotonía que reina en sus composiciones, las cuales parecen todas como vaciadas en

un molde, porque en todas juegan unos mismos objetos y unas mismas pasiones: el segundo, que ese corto número de imágenes y afectos está derramado profusamente en cada composición, en términos de que hay pocas á las que no pudiera cercenarse algo, sin que haga falta, porque realmente es exuberante. Este segundo vicio lo echaba de ver él mismo, y reconocía sin empacho que pecaba del defecto que Ovidio: *sobra de ornato*. Tal vez lo hubiera evitado todo si no hubiera visto con despego la poesía de pensamiento, en que tantos recursos encuentran los talentos superiores: la poesía al modo horaciano. Pero, sea genio, sea sistema, él seguía otro camino.

El conjunto de sus cualidades forma un carácter propio y peculiar, que lo distingue de cualquier otro poeta y no permite que se le confunda con nadie. Ese carácter, en saldo final de cuentas, es bueno y bello en el orden literario; bajo otro aspecto, es decir, subiendo á consideraciones morales, es imposible no pagarle un tributo de estimación y aun de respeto. El alma de donde tales poesías han rebotado entonaba sin duda un himno perenne de

alabanza, de admiración y de gratitud al Autor de la creación y la redención, y no abrigaba un solo sentimiento que no fuera bueno y elevado. Con tales prendas, naturalmente debía llamar la atención, y el público de México, que había ya oído y repetía con placer los valientes trozos de *la Jerusalén* de Pesado, no podía dejar de hacer lo mismo con la *Cena de Baltasar*. Ambos escritores levantaron entre nosotros la poesía á la región en que debe estar, y de la que fuera una especie de profanación hacerla descender.¹

Las reglas que Carpio profesaba sobre la composición poética, no sólo las ponía en práctica en sus escritos, sino que procuraba difundirlas y sostenerlas de palabra. Así lo hizo constantemente en la *Academia de Letrán*, reunión de personas dadas á la literatura, que, desde el año de 1836 hasta el de 1856, acostumbraron juntarse una vez cada semana en el colegio de ese nombre,

[1] Al hablar así, me refiero á la poesía lírica, pues en cuanto á la dramática, cuando Pesado y Carpio empezaron á darse á conocer, vivía en México Gorostiza, igual cuando menos al mejor cómico español moderno, y Calderón, que hizo ensayos felices en el género trágico.

para leer y examinar mutuamente sus composiciones y discutir los principios del arte. Aquella reunión, á la que pertenecieron Don Andrés Quintana Roo, Don José María y Don Juan N. Lacunza, Don Joaquín Pesado, Don Guillermo Prieto, Don Francisco Ortega, Don Alejandro Arango y algunos otros de los que luego se han distinguido, fué útil para hacer revivir un estudio que tan abandonado yacía. El papel de Carpio, en la Academia, era siempre el de mantenedor de los principios severos del gusto clásico; en el tribunal de su juicio no alcanzaba indulgencia lo que no se ajustaba estrictamente á esos principios. Lo mismo que en la poesia, le pasaba en bellas artes, de las que también fué aficionado. Ninguna pintura, ninguna estatua le llamó jamás la atención, si el asunto no era noble y si no estaba desempeñado con grandiosidad y pureza de estilo. Los cuadros que llaman de género ó de costumbres, casi los estomagaban; y si hubiera sido dueño de Versalles, habría dicho como Luis XIV cuando vió allí las donosas obritas de Teniers: *Retiren esos mamarrachos*. A la Academia de San Carlos, de la que era aca-

démico honorario, prestó buenos servicios, especialmente en los años de 56 y 57, en que sirvió provisionalmente la secretaría. Daba también en aquella casa lecciones de anatomía á los pintores.

Pero ya es hora de dejar la poesía y pintura, para hablar de cosas menos agradables. En cualquier país y en cualquier tiempo en que Carpio hubiera nacido, habría sido un buen ciudadano, aunque no hubiera llevado este título. Mas le tocó venir al mundo en época de agitación y revueltas, época en la que todo hombre de algún valer en la sociedad ha tenido que ser alguna vez político, é intervenir, de grado ó sin él, en los negocios públicos. Esto causó las únicas amarguras, acaso, que tuvo en su vida. Por Octubre de 1824, después de haber servido por algunos meses la plaza de redactor de actas de la Legislatura del Estado de México, fué electo Diputado al Congreso General, por el mismo Estado, para el bienio de 25 y 26. Como aquel período corrió tranquilamente, Carpio no tuvo ocasión de mostrarse al público, aunque se hizo buen lugar entre sus compañeros, los cuales alguna vez lo elevaron á la presidencia de la Cámara.

En el bienio siguiente, fué miembro de la Legislatura de Veracruz, que era el Estado de su nacimiento. Aquel cuerpo quiso oponerse con brío al impetuoso y asolador desbordamiento del bando yorkino, que se habia para entonces organizado en logias masónicas bajo los auspicios del ministro de los Estados-Unidos, Mr Poinsett. Pero en el calor de la lucha sucedía alguna vez que el Congreso pasaba los límites que debiera respetar, y su oposición tomaba el aire de una oposición parcial y apasionada. Las medidas que dictó, justas algunas, violentas otras, acordadas todas en menos de seis meses, daban mucho qué decir en la contienda que sostenían por la imprenta los partidos, y servían de tema á juicios y calificaciones encontrados. La Legislatura creyó necesario defenderse en un manifiesto, y encargó su formación á Dnn Manuel Carpio. La pieza que trabajó, y fué adoptada por el cuerpo en 19 de Junio de 1826, causó bastante impresion en el público, y realmente está escrita con fuerza y aun con vehemencia. Los que hayan conocido después á Carpio, apenas creerán que aquel papel sea suyo, recordando la serenidad de su alma, y la tem-

planza y mansedumbre de su carácter; pero por ahí formarán idea de la sensación que hacía, aun en las personas de su índole, la vista de lo que por entonces pasaba en la República.

En fines del mismo año, la Legislatura y el Gobierno de Veracruz se complicaron en la malaventurada revolución de Tulancingo, que el Gobierno general ahogó pronto y vigorosamente. Los ánimos estaban encendidos, los rencores enconados, y Carpio, que había atraído sobre sí la atención, sufrió amenazas, y temió ser blanco de la saña del bando vencedor. Exaltada su imaginación con estas ideas, y atacado de una afección nerviosa, que por más de dos años le trajo valetudinario, melancólico é incapaz de tomar trabajo alguno, se retiró al Estado de Puebla, y pasó algunos meses en el campo. En Setiembre de 1828, acercándose la elección de Presidente de la República, volvió á Jalapa; y á pesar de cuanto había pasado, y del empeño y los prestigios del general Santa-Anna, que gobernaba entonces el Estado, votó como sus colegas de Congreso, en favor de D. Manuel Gómez Pedraza y contra el Gral. D. Vicente Guerrero, candidato

de los yorkinos. Mas como éstos, por medio de la revolución de la Acordada, se sobrepusieron al voto público é hicieron triunfar su candidatura, en fines del mismo año Carpio vino á México, y se retiró á la vida privada.

Pocas veces salió luego de ella. Bajo la Constitución de 37, fué individuo de la Junta departamental de México, cuerpo que, como decía él mismo con donaire, no tenía más facultad que la de concebir deseos. Rigiendo las Bases Orgánicas, debió entrar á las Cámaras de 1846; pero antes cayó aquella Constitución por la asonada de San Luis Potosí. Después de la paz de Guadalupe, en 48, fué miembro de la Cámara de Diputados, y en 51 de la del Senado. Finalmente en Enero de 1853, entró al Consejo de Estado, como representante de Nuevo-León; mas á mediados del mismo año renunció el cargo, como lo habían hecho varios de sus colegas, cuando se anunció que iba á adoptarse una política menos templada que la que había seguido el primer Ministerio de plan de Tacubaya.

Carpio no tenía prendas de orador parlamentario, ni su genio le permitía emplear las artes que ordinariamente se usan para

adquirir influencia en los cuerpos deliberantes. Además, los sucesos de los años de 27 y 28 dejaron tristes recuerdos en su alma. Así es que pocas veces tomaba parte en las discusiones públicas, y más bien se daba al trabajo de comisiones. En éstas, y en el acto de votar mostraba siempre imparcialidad y rectitud. Por principios, por carácter, por los hábitos todos de su vida, él no podía pertenecer al bando popular; pero tampoco podía avenirse con las templanzas del poder arbitrario. Patriota sincero, amando con pasión el país de su nacimiento, y queriendo para él ventura y buen nombre, no podía desear sino un gobierno de orden y justicia, que respetara el derecho donde quiera que estuviese, y que de verdad, sin estrépito ni agitaciones, promoviera el adelantamiento de la República. Todo el mundo hacía justicia á sus sentimientos, y todos los partidos al fin respetaron su persona y estimaron su virtud.

Esta estimación no podía negársela quien llegara á conocerlo. Carpio era hombre genialmente bueno, incapaz de aborrecer sino el vicio en sí mismo. Yo no he conocido persona que menos se permitiera juzgar mal

de nadie, ni manifestar opinion ó sentimiento contrario á otro. Delante de él la murmuración tenia que callar, porque con su presencia grave y severa obligaba á guardar medida. Lo mismo sucedía con toda chanza descompuesta, con toda liviandad de palabras; los chocarreros y lenguaraces jamás hallaron acogida con él. Y no porque en su conversación faltara amenidad, jovialidad y aun chiste; sus epigramas probaban lo contrario; sino que no sufría que se hiriese á ninguna persona, que se lastimase ninguna reputación, ni se ajara ninguna cosa de las que deben ser consideradas en el trato humano. Su bondad, sin embargo, no era una flaqueza mujeril, que se dejase vencer importunamente de la lástima, ó le hiciera abandonar sus deberes, por duros que fuesen. Siempre obraba conforme al dictamen de la ciencia, practicaba á la letra la máxima de Leibnitz: *La justicia es la caridad del sabio*. En pocos pechos habrá tenido menos cabida la ira, pasión inmoral, de la que con razón dijo que es una verdadera demencia, aunque pasajera: Carpio poseía su alma en sosiego, y era siempre señor de sí mismo. Amaba sobre manera la verdad en

todas las cosas, y la mentira era para su corazón lo que el sofisma para su entendimiento, objeto de una repugnancia instintiva, anterior á toda reflexión. De la limpieza de sus costumbres, y de su probidad en todos los actos de la vida, es por demás hablar. Excelente amigo, lleno de bondad y de afecto para con las personas que llegaba á distinguir, y con quienes se unía para siempre, no prodigaba, sin embargo, la amistad, conociendo su precio. Finalmente, su piedad era sincera y viva; tenía un profundo respeto á la Divinidad, de la que nunca hablaba sin emoción, así como de la revelación cristiana, á la que estuvo siempre entrañablemente apegado. Las disputas religiosas le parecían nocivas, y seguía con entera, pero razonada fé, la creencia de la Iglesia católica

que no quisiera. Don Manuel Carpio se ca-

He ido demorando hasta aquí contar lo só años atrás con Doña Guadalupe Berruecos, señora llena de prendas y de amabilidad. En el seno de su familia fué esposo y padre feliz. Tuvo la desgracia de perder á su excelente consorte en 1856, y en Enero de 1859 á su cuñado el Sr. Lic. D. J. Rafael

Berruecos, sujeto estimable y á quien amaba como hermano. Aquellas pérdidas le hicieron dolorosa y profunda impresión. Dos meses después fué atacado él mismo de un mal cerebral, que pronto se explicó por una especie de obliuión, y por algún entorpecimiento de la inteligencia. Arrastró así una vida difícil cerca de un año; y habiendo repetido el ataque el 11 de Febrero del presente (1860), espiró á las pocas horas, pasando á la eternidad como si entrara en un sueño tranquilo. Sus funerales fueron un duelo público, y seguramente no se hubiera hecho más con el primer hombre de la ciudad. Esas demostraciones, espontáneas todas, fuéron el último tributo que pagó México á quien había sido uno de sus mejores ornamentos.

Su persona era bien compuesta, de mediana estatura, de rostro sereno, la frente desembarazada y espaciosa, los ojos claros, el andar (espejo del carácter, según algunos fisonomistas) grave y reposado. Los discípulos de la clase de escultura de la Academia de San Carlos, bajo la dirección de su hábil profesor Don Manuel Vilar, sacaron poco antes de su muerte un busto su-

yo, de tamaño mayor que el natural, y que lo representa con bastante exactitud.

En este escrito he querido conservar la memoria de sus virtudes, y pagar una deuda. Si dentro del sepulcro pudiera aún escucharse la voz de los vivos, Don Manuel Carpio no desconocería la de una amistad de más de 30 años, nunca eclipsada con la niebla de la tibieza, y que yo estimé siempre como un presente del cielo. No por eso me propuse escribir un panegírico, sino decir la verdad tal como creo haberla conocido; que si otra cosa hubiera intentado, poco habría yo aprovechado con el ejemplo y las lecciones del buen modelo que por tanto tiempo tuve á la vista. Mas si á pesar de todo, esta obrita mostrare en algunas partes la traza de un elogio, la culpa será de Don Manuel Carpio, no mía. Del talento y la bondad unidos es imposible hablar sin algún sabor de alabanza.

México, Octubre de 1860.



